

La santificación en pareja

Historia y espiritualidad del Instituto Santa Familia (=ISF)

Desde hace unos años, cada día, en la celebración eucarística, oímos invocar junto a María santísima a su esposo san José. Ha sido, sin duda, una decisión sabia y perspicaz para recordarnos que entrambos han contribuido a la obra de la redención, pero también para fijar en nuestra mente que todo lo humano ha tenido principio en una familia, mejor, aún antes, en una relación de pareja.

Así lo quiso Dios, que eligió cuidadosamente los protagonistas de la historia de la salvación universal.

El beato Santiago Alberione, particularmente atento, desde su formación, al Evangelio y a los fenómenos sociales, reflexionó, oró e involucró a personas individuales juntamente con familias en su obra pastoral, primero como vicedecano y profesor en el seminario y después como fundador de la Familia Paulina. Testimonio de ello son los dos textos *Apuntes de teología pastoral* y *La mujer asociada al celo sacerdotal* impresos en 1912-1915. Un ejemplo, este último, de coinvolucración profética de la mujer en el ministerio pastoral, cien años antes de las comisiones creadas recientemente por el papa Francisco.

En los años sucesivos podríamos decir que el P. Alberione rastreó literalmente la familia con el comienzo en 1931 de la revista *Familia cristiana*, primero a favor de las mujeres y señoritas y luego de todos los componentes del hogar. Además, en un histórico librito de los años 1940, *Pequeño y grande nido. El problema de la familia*, escrito por el P. Esteban Lamera –quien luego realizaría de modo concreto e institucional el sueño del P. Alberione acerca del ISF–, el Fundador había escrito en la presentación estas expresiones: «Dios, queriendo restaurar todas las cosas en Jesucristo, dispuso que Él comenzara su obra presentando a todas las familias un perfecto modelo en la Familia de Nazaret. Efectivamente en la Sagrada Familia los padres, las madres y los hijos encuentran divinas lecciones de paciencia, de castidad, de amor filial, de laboriosidad. Allí Jesús vivió, trabajó, rezó por diversos años y así la restauración comenzó desde la familia».

La restauración comenzó desde la familia

Y en la familia pensó el P. Alberione cuando el viento del concilio Vaticano II había traído grandes novedades en el ámbito eclesial y social. La familia constituye, en sí, el núcleo vital de la sociedad y de la comunidad eclesial. Todo depende, empero, de la fe en la sacramentalidad del matrimonio que los esposos deben reconocer, aceptar, amar y respetar con fidelidad. En aquel entonces, como también hoy, parecía que precisamente esta característica específica estuviera en crisis, por lo cual se hacía necesaria –y hoy todavía más– una nueva evangelización para ayudar al pueblo de Dios a recuperarla.

El Concilio sugería: «Los cónyuges, hechos a imagen del Dios vivo y constituidos en el verdadero orden de personas, deben estar unidos por el mismo afecto, un modo de pensar muy semejante y mutua santidad, para que, siguiendo a Cristo, principio de vida, en los

gozos y sacrificios de su vocación, por su amor fiel, sean **testigos de aquel misterio de amor que el Señor reveló al mundo** con su muerte y resurrección» (*Gaudium et Spes* 52).

En 1964, celebrando el 50 aniversario de fundación de la Sociedad de San Pablo, la primera de las diez Instituciones que forman la Familia Paulina, el Fundador comunicaba oficialmente, expresándose en tercera persona, cuanto desde hacía muchos años cultivaba en el corazón: «*Después de muchos años de oración y de preparación... ha fundado el Instituto "Sagrada Familia" que forma parte de la Obra Paulina*» (Vida pastoral, diciembre 1964).

Una declaración palmaria, como solo los hombres iluminados y guiados por Dios saben hacer con indudable claridad de origen (la voluntad de Dios) y de finalidad: «*Pueden participar en este Instituto todos los esposos y casados deseosos de tender a la perfección, viviendo santamente su vida matrimonial... El fin especial de los miembros del Instituto "Sagrada Familia" consiste en tender a la santidad, haciendo siempre operante la gracia del sacramento del matrimonio, mediante el amor recíproco, la educación cristiana de los hijos, la ayuda recíproca para la propia santificación. Todo ello en la práctica de los santos votos observados según su estado de vida y con la participación activa en la vida de la comunidad eclesial de la que hacen parte*» (Ib).

Vivir de Dios y dar a Dios

«*¡Ay de mí si no anuncio el Evangelio!*» (1Cor 9,16). A este grito de san Pablo, que evidencia la común llamada a la misión, hace eco la invitación del P. Alberione: «Apóstol es quien traspasa a Dios por todos los poros con sus palabras, obras, oraciones, gestos y actitudes, en público y en privado, en todo su ser» (*Ut perfectus sit homo Dei* IV, 278). La pareja conyugal, queda, pues, involucrada en esta *misión* para vivir en el día a día los dones recibidos en el bautismo, en el matrimonio y en la consagración religiosa dentro del ISF. La santificación en pareja se da en el seguimiento de Jesucristo, divino Maestro, Camino Verdad y Vida, como lo vivió el apóstol Pablo, que unió en sí la santidad, es decir la vida interior, y el apostolado. En efecto, él no solo imitó a Jesús, sino que nos ha mostrado la cristificación, o sea cómo dejar vivir a Cristo en nosotros: «Vivo, pero no soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí» (Gál 2,20) y cómo testimoniarlo a partir de una intensa amistad y entendimiento con él, cultivados en los Ejercicios espirituales anuales, en los retiros formativos mensuales y en la oración cotidiana.

Por otra parte, san Pablo es el santo del matrimonio; él releva bien en Ef 5 cómo en el amor de los esposos se manifiesta concretamente toda la solicitud de Jesús esposo por la Iglesia, su esposa. Finalidad principal del Instituto, por tanto, es cristificarse en pareja, llegar juntos a la santidad cuidando de llevar a otros al mismo objetivo, comenzando por los hijos.

Naturaleza y fin dell'ISF

El *Estatuto*, aprobado por la Iglesia en 1993, traza así la vocación y misión de los miembros: «Los miembros, "movidos por el Espíritu", para imitar más profundamente el estilo de vida de la Familia de Nazaret; para vivir más integralmente el don de la vida conyugal y así

“santificar la comunidad eclesial y el mundo”; para realizar más eficazmente y doquier el apostolado, se comprometen a buscar en el matrimonio la perfección evangélica mediante los votos de castidad, pobreza y obediencia conyugales, ordenando su vida según las líneas del presente *Estatuto*» (*art. 2*).

Los miembros «”desarrollarán todas sus posibilidades cristianas y evangélicas... para que todos los hombres conozcan y acepten el mensaje divino de la salvación”, especialmente en el ámbito de la familia, primer núcleo educativo de la sociedad» (*art. 4*).

«Los miembros consideran a la Sagrada Familia de Nazaret como el modelo y el ejemplo que imitar»... (*art. 5*).

Las lecciones de la casa de Nazaret

El papa san Pablo VI en un memorable discurso pronunciado en Nazaret explicó las virtudes vividas por Jesús, María y José, en las que se inspiran los miembros ISF: «Aquí, en esta escuela, comprendemos la necesidad de una disciplina espiritual, si queremos seguir las enseñanzas del Evangelio y ser discípulos de Cristo... Su primera lección es el silencio. ¡Cómo deseáramos que se renovara y fortaleciera en nosotros el amor al silencio, este admirable e indispensable hábito del espíritu!... Se nos ofrece además una lección de vida familiar..., el significado de la familia, su comunión de amor, su sencilla y austera belleza, su carácter sagrado e inviolable, lo dulce e irremplazable que es su pedagogía y lo fundamental e incomparable que es su función en el plano social. Finalmente aquí aprendemos también la lección del trabajo. Nazaret, la casa del hijo del artesano: ¡cómo deseamos comprender más en este lugar la austera pero redentora ley del trabajo humano y exaltarla debidamente, restablecer la conciencia de su dignidad...» (*5 enero 1964*).

Quizás pueda no valer para hoy lo que fue válido para Jesús, María y José en Nazaret, mas para todas las familias que quieren seguir a Jesús se renuevan las llamadas incómodas a salir del yo, a ponerse en escucha de la Palabra de Dios que viene secretamente, en el sueño o por boca de un niño, del compañero o de un amigo. Las familias de hoy aprenden de los tres Modelos a distinguir lo que es singular e irrepetible y lo que está llamando a cada uno a la imitación, porque es espiritualidad y sabe a eternidad no sujeta a los vaivenes de la moda. Entrar en la mentalidad de los componentes de la familia nazaretana significa comprender que ellos afrontaron los problemas de su tiempo –diversos pero no menos serios que los nuestros– siguiendo paso a paso lo que Dios les pedía, en la buena y en la esquiva suerte. Y lo hicieron dándose de lleno en la fidelidad al proyecto divino.

P. Roberto Roverán ssp, Delegado ISF en Italia